

El Mandala de los 5 Budas

Amitabha, la luz infinita

El origen mítico de Amitabha.

Según el *Sutra Sukjavativyuha* o *Sutra de la Vida Inconmensurable*, Amitabha fue un monje llamado Dharmakara, que vivió en tiempos muy remotos y posiblemente en otro mundo. En algunas versiones del mismo Sutra, se describe a Dharmakara como un antiguo rey que, tras conocer las enseñanzas budistas renunció a su trono.

Posteriormente, tomó 48 votos enfocados en el ideal de convertirse en un buda y crear un reino existente en un universo fuera del espacio y tiempo que conocemos, en donde todos los seres puedan ser felices, crecer, desarrollarse, transformarse y alcanzar el estado de Iluminación.

Un primer acercamiento a la figura de Amitabha.

El nombre de Amitabha significa “luz infinita”. Está sentado en postura de loto completo y tiene sus manos en el mudra de la meditación. Su luz es la del sol del atardecer, que irradia amor y compasión.

Reina en el cuadrante del oeste y, como el sol del ocaso, puede simbolizar también la luz de la conciencia que se retira del mundo de los sentidos para adentrarse en los estados superiores de la concentración meditativa. Tiene el color del rubí. Representa el amor incondicional, el deseo de bienestar que se extiende hacia todos los seres en todas direcciones.

El antídoto ante el deseo: el fuego de la transmutación.

El veneno con el que se le relaciona es *raga*, el deseo (apego, pasión...), que tiene la naturaleza de adherirse fuertemente a un objeto en particular.

El budismo nos enseña que el deseo es una de las principales fuentes de sufrimiento humano: deseamos que las cosas sean de una forma diferente o que aquello que nos agrada nunca cambie; deseamos objetos, personas, condiciones que no tenemos, y esto produce una profunda frustración, una sensación de nunca encontrar una total satisfacción.



Amitabha se especializa en ayudar a los seres que llevan una existencia de deseos frustrados. El amor de Amitabha disuelve los sentimientos de desesperación, de falta de cariño y de inadecuación que los hace aferrarse a la vida. El poder de su meditación los saca de su estado de inquietud e insatisfacción y los lleva a un nivel de contento de sí mismos más profundo.

Al meditar en Amitabha surge una energía emocional, pero la pasión mundana se transmuta en sabiduría. La energía del deseo burdo y doloroso se convierte en real amor. Por ello, el elemento de Amitabha es el fuego, que representa nuestra capacidad para transformar todo lo que somos. Cuando el fuego toca algo, cambia por completo todas sus propiedades: los colores, las formas, los elementos que interactúan con las flamas se convierten en algo completamente diferente, que da lugar al nacimiento de algo nuevo.

El árbol, cuyas ramas se incendian con los relámpagos en la tormenta, se transforma en ceniza, que nutre el suelo para permitir el nacimiento de un nuevo bosque. Del mismo modo, el deseo, el apego, la dependencia, al tocar las flamas del poder de Amitabha dan lugar a una experiencia de amor totalmente puro, que no está condicionado, que es libre.

Amitabha se relaciona con el proceso de muerte espiritual. Una vez que hemos recolectado nuestras energías y cultivado atención plena, estabilidad y ecuanimidad con Akshobya, y después de haber desarrollado emoción positiva, creatividad, generosidad y ética con Ratnasambhava, tendremos la base para realmente pasar por un proceso de deconstrucción.

Nos acercaremos a las flamas con valentía y dejaremos que suavicen las ideas que tenemos acerca de nosotros mismos. Permitiremos que se quemen los hábitos y tendencias negativos, los puntos de vista erróneos sobre la realidad, el sufrimiento que trae consigo el egoísmo y el apego a la idea de que las cosas no cambian, de que la felicidad viene del exterior y de que somos seres inmutables. Y desde ahí, como el hierro que se deja transformar ante el calor, como el ave fénix, emergeremos de nuestras propias cenizas: una nueva versión que da continuidad a nuestro viejo “yo” mucho más sabia, más amable y feliz.

El animal asociado con Amitabha es el pavo real. Según el mito, el pavo real puede digerir a las serpientes venenosas sin sufrir ningún daño (la serpiente alimenta la belleza de su plumaje). Este simbolismo, el estar abierto incluso al veneno y



transmutarlo en belleza, nos da una idea del poder de transformación que tienen el amor y la compasión de Amitabha.

La sabiduría de apreciar la singularidad.

La sabiduría de Amitabha ve la singularidad; las características distintivas en cada fenómeno, a diferencia de Ratnasambhava, que tiene la capacidad de encontrar todo lo que nos une. Amitabha ve y ama las diminutas particularidades de cada cosa, pues reconoce que, a pesar de que todos los seres tenemos mucho en común, cada uno de nosotros forma parte de una experiencia muy particular. Ve con claridad que cada ser es único e irrepetible.

El budismo nos enseña que todo surge y cesa a partir de condiciones, y estas condiciones darán lugar a una experiencia muy específica. Nosotros mismos (y la experiencia cotidiana que tenemos), por ejemplo, somos el resultado de nuestra propia historia, la historia de nuestra familia, nuestra cultura, nuestra época, el idioma que hablamos, el clima en el que vivimos, la situación económica y política que nos rodea, etc... Por ello, ninguna experiencia será exactamente igual a otra.

La comprensión de la condicionalidad nos permite apreciar lo valioso de cada instante. Cada conversación, cada sorbo de té, cada abrazo y cada caminata son momentos irrepetibles. Cuando vemos a la realidad con los ojos de Amitabha podemos verdaderamente apreciar la vida de una manera profunda y cultivar agradecimiento a lo precioso de la existencia humana.

El goce de la mente tranquila: la meditación como camino.

Amitabha tiene como símbolo al loto. Se le asocia con todos los atributos de esta flor: bondad, apertura, belleza en la sabiduría y la ética. La cualidad de la apertura se enfatiza más aún por su elemento, el fuego, que lo consume todo y crea espacio. En general, el sendero a la iluminación que representa Amitabha es más “orgánico”. Uno va desplegando los pétalos de su potencial espiritual lenta y dulcemente, hasta madurar en la iluminación. El sendero de Amitabha es de atracción por el nirvana, por el despertar.

Manifiesta solidez. Está derecho e inmóvil. No se preocupa. Está centrado. En verdad, se ve como si hubiera echado raíces en la tierra. La figura está sencillamente sentada, en silencio, contenta. No tiene que ocuparse de alguna cita ni llegar a tiempo a tomar



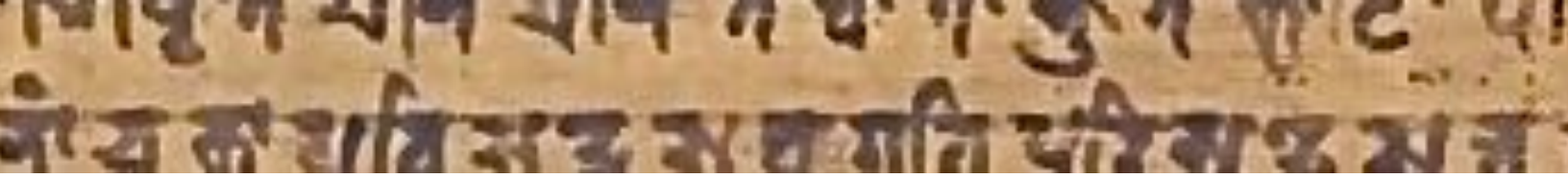
el autobús. Está en paz, en calma, con actitud abierta. La meditación es insondablemente poderosa.

Una figura que medita puede causar una profunda impresión, no importa si es de piedra o de carne y hueso.

Hay una anécdota acerca de Daito, un maestro zen que vivió un tiempo con unos mendigos bajo los puentes de Kyoto. Era una época en que había una costumbre brutal, según la cual, los samuráis probaban sus espadas nuevas sobre una víctima humana. Una tarde se vio a un samurái rondando la zona. Los mendigos estaban aterrados. Sabían que al caer la noche el samurái vendría a probar su espada sobre alguno de ellos. Daito les dijo que se escondieran. Luego, se sentó calmadamente en postura de meditación, a mitad del camino. Con la noche llegó el samurái y se le acercó. Le gritó que se preparara para morir porque lo iba a partir en dos. No hubo respuesta. La figura en calma seguía sentada frente a él, emanando esa sensación de vasta energía, encausada con gentileza, que proviene de alguien que medita profundamente. Al ver a su víctima serena, el samurái vaciló y se acobardó. Al final, se escabulló entre la noche.

Al meditar en él se calman las olas de nuestros pensamientos. Las manos de Amitabha están unidas cerca del centro de su cuerpo, una sobre la otra. Los pulgares apenas se tocan. ¿Qué nos pueden decir sus manos? Son, a la vez, activas y receptivas. Sugieren el camino medio y el consejo que el Buda dio a Sona, el monje que practicó tanto tiempo la meditación caminando, andando de aquí para allá, que le sangraron los pies. El Buda le explicó que en su meditación debía ser como un laúd bien afinado. Si las cuerdas están demasiado flojas o demasiado apretadas no se puede tocar. Los pulgares que apenas se rozan mantienen una conciencia constante de un desarrollo espiritual equilibrado.

En ese espacio oval que él acuna en su mudra. Es gracias a la espaciosa conciencia que se crea cuando meditamos que podemos notar cómo nuestros pensamientos crean un mundo y cómo es en verdad posible cambiar nuestro mundo. Cuando nos damos cuenta que nosotros en efecto creamos el mundo podemos empezar a responsabilizarnos de él y, entonces, trabajar para crearnos un nuevo mundo, elevando nuestro nivel de conciencia y creando mundos cada vez más felices y más bellos.



El mantra de Amitabha.

Oṃ amideva hrīḥ

Hrīḥ: relacionado con la modestia, la ética, la sabiduría profunda dentro de nosotros que nos lleva a actuar hacia lo bueno.

Resumen de los elementos de Amitabha.

- Nombre: Amitabha, “luz infinita”
- Color: rojo.
- Hora del día: atardecer.
- Dirección: oeste.
- Emblema: loto.
- Animal: pavo real.
- Sabiduría: discriminación.
- Antídoto de: el deseo apasionado.
- Mudra: Dhyāna Mudra, mudra de la meditación.
- Mantra: Oṃ amideva hrīḥ

*Fuente: Vessantara, **Mandala of the Five Buddhas**, Windhorse Publications.*

Información adicional: el saludo a las tres joyas

El saludo a las tres joyas es un pequeño ritual que se lleva a cabo en varias tradiciones budistas, especialmente al inicio de una práctica, un ritual o una charla. Tiene como objetivo preparar a la mente y abrirla hacia una actividad trascendental, mientras que nos conecta con aquello que nos inspira a practicar.

Saludamos a las tres joyas, es decir, a los tres pilares del budismo: el Buda (el Buda histórico Siddhartha Gautama, pero también representando el ideal de la iluminación y el potencial de todos los seres), el Dharma (la verdad última, la enseñanza, el camino) y la Sangha (los maestros del pasado y del presente, la comunidad espiritual). Y los saludamos con todo nuestro ser: Con nuestro cuerpo, con el habla y con la mente/corazón.

El saludo se recita de la siguiente manera:

Namo buddhaya (Saludo al Buda)

Namo dharmaya (Saludo al Dharma)

Namo sanghaya (Saludo a la Sangha)

Namo Nama (Saludo a todos los presentes)

Om

Ah

Hum

(Con cuerpo, habla y mente/corazón)